

5 Consejos para ayudar a los miembros del grupo que luchan contra la duda

Cómo transformar sus dudas en una fe más profunda.

Ann Sullivan

Como líderes de grupos pequeños, estamos en una excelente posición para ayudar a las personas que están luchando con la duda. Podemos hablar de amor, gracia y verdad en sus vidas mientras caminamos a su lado. Podemos proporcionar un lugar seguro donde aterrizar con preguntas difíciles. Y nunca debemos subestimar la importancia de esto: muchas personas tienen pocos lugares a los que acudir cuando les asaltan las preguntas. Cuando los miembros del grupo duden de su fe, siga estos cinco pasos para ayudarles a convertir su duda en una convicción más profunda:

1. Reconocer los signos de la duda

La mayoría de las personas que luchan contra la duda tienen problemas para desarrollarse en otras áreas de su vida. Rara vez una persona tiene su mejor día y lo termina preguntándose: *¿Dónde está Dios?* Es mucho más probable que nos hagamos las grandes preguntas cuando estamos desilusionados o nos sentimos desesperados. Es exactamente en esos momentos cuando más necesitamos pensar con claridad, y desafortunadamente, nuestras emociones a menudo nos impiden seguir siendo racionales. Esto brinda una oportunidad a los grupos pequeños (y también a sus líderes) de ofrecer objetividad, amor y gracia. Pero debemos ser capaces de reconocer las señales de duda para poder ayudar.

Si su grupo ya se ha convertido en un lugar seguro para la discusión honesta, usted puede encontrar que los miembros del grupo se abren naturalmente sobre sus dudas y preguntas. Este es el mejor de los casos. Una vez que hayan admitido su lucha, usted y los miembros de su grupo pueden empezar a avanzar.

A menudo, sin embargo, no será tan obvio. Aprenda a prestar atención a la dinámica de su grupo para ver si algo no va bien. Puede que note un lenguaje corporal que revele incomodidad, una repentina reticencia a compartir o un cambio en la asistencia. Esté atento a los signos de pesadez emocional, que suelen acompañar a la duda. Escuche cualquier negatividad que los miembros del grupo puedan expresar sobre la vida, las relaciones o la fe. También querrá observar cambios de vida repentinos: cambios de trabajo, nuevas relaciones que van y vienen, la pérdida de seres queridos o la experiencia de una tragedia. Estos cambios pueden suscitar preguntas difíciles sobre la fe que lleven a la duda.

Cada persona maneja la duda de manera diferente. Cuando empecé a tener dificultades, compartí mis preguntas con mi familia. Aunque me sentía avergonzada y fracasada, mi familia me proporcionó un lugar seguro para hablar y expresar mis preocupaciones. Sin embargo, cuando mi hermano empezó a dudar, se apartó de nosotros. Notamos que estaba nervioso y agitado, y empezó a cambiar rápidamente de trabajo y de relaciones. Sabíamos que algo iba mal, pero él no estaba preparado para hablar. Su reticencia requería que le demostráramos constantemente lo mucho que nos importaba, que siguiéramos preguntándole cómo estaba y que creáramos un lugar seguro para que compartiera sus dificultades cuando estuviera preparado, y finalmente se abrió. Es importante que dejemos espacio en nuestros grupos para las diferentes formas en que las personas manejan la duda, convirtiéndolo en un entorno seguro, sin presionarlos más allá de lo que están preparados.

2. Crear un lugar seguro para la confesión

Una de las cosas más tristes que encuentro cuando hablo es el número de personas que confían en mí porque tienen miedo de confiar en otros. Sea o no intencionado, la comunidad de fe de la que forman parte ha creado una atmósfera de expectativas poco realistas. Son reacios a mostrarse vulnerables compartiendo sus preocupaciones y dudas. Yo me convierto en una persona segura porque también he experimentado la duda. Pero como me voy en el siguiente vuelo, soy la persona equivocada en la que confiar. No puedo acompañarlos en su lucha como lo puede hacer un grupo pequeño.

Me pregunto cómo la iglesia se convirtió en un lugar sólo para la gente brillante y feliz cuyas vidas parecen estar todas en orden. Jesús invirtió en circunstancias mucho más desordenadas, y como líderes de grupos pequeños, necesitamos asegurarle esto a la gente. Después de que Jesús pasara tiempo con personas que algunos consideraban desagradables, los líderes religiosos de la época de Jesús cuestionaron la compañía que tenía. Pero Su corazón estaba con la gente que veía su necesidad. Jesús dijo: *«No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. Y yo no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.»* (Marcos 2:17).

3. Dejarlo claro: dudar no es pecado

La duda puede ser causada por una multitud de circunstancias, opciones de vida, o incluso dolencias físicas - mi duda comenzó con una condición cardíaca no diagnosticada que disparó adrenalina a través de mi cuerpo. Hacer preguntas, dudar de nuestra fe y preguntarse si Dios realmente existe no es pecado. Dicho esto, la duda puede causar confusión en nuestras vidas si nos negamos a abordarla.

4. Comprender la causa de sus dudas

A veces la duda es simplemente un signo de una mente en uso. En algún nivel, todo el mundo cuestiona su fe. Algunos lo hacen de manera más dramática que otros, pero a menos que dejemos nuestros cerebros en la puerta, todos necesitamos respuestas que hablen de por qué creemos en Jesús o en la Palabra de Dios.

La duda también puede agravarse como resultado de la fatiga física o emocional. Cuando estamos cansados, pueden entrar en nuestra mente preguntas con las que nunca antes habíamos luchado. La fatiga nos pone en un lugar vulnerable, y la duda a menudo prospera allí.

La duda también puede surgir de los efectos persistentes del pecado. Un ejemplo clásico es el de David, que cometió adulterio e intentó cubrir su rastro matando al marido de su amante. Antes de afrontar su pecado mediante la confesión, David sufrió la opresión de la culpa y la duda.

Aunque su situación era grave, estaba lejos de ser desesperada. Había cometido algunos pecados graves - adulterio y asesinato - y había racionalizado su comportamiento de manera tan eficiente que, para cuando el profeta Natán se enfrentó a él, estaba en completa negación. Hizo falta alguien completamente distinto, el profeta Natán, para que David reconociera su pecado, lo confesara a Dios y recibiera el perdón. Como líderes de grupos pequeños, a veces necesitamos tomar el papel de un amable Natán para ayudar a los miembros del grupo a ver el pecado no resuelto en sus vidas que está causando su duda.

5. Explicar cómo la duda puede fortalecer su fe

La duda no significa necesariamente el fin de la fe, sino que puede ser sólo el principio, (la oportunidad perfecta para que la fe se fortalezca). Stephen Board de InterVarsity hizo una declaración hace muchos años que se me ha quedado grabada: Los que nunca han dudado de verdad nunca han creído de verdad. Muchos cristianos, entre los que me incluyo, han descubierto que la duda ha fortalecido convicciones profundas, no la pérdida de fe que tememos.

Es fácil crecer cómodamente satisfecho con las cosas en las que creemos. Pensar requiere esfuerzo, y a veces simplemente no estamos preparados para ello. Pero de la misma manera que un atleta se entrena para un evento, los seguidores de Cristo crecen en su fe siendo exigidos. Nos gusta la idea de ser maduros y completos y que no nos falte nada, como dice Santiago, pero no estamos seguros de que nos guste la idea de lo que se necesita para llegar allí.

Criado en un gran hogar cristiano, empecé a dar a Cristo por sentado. Pero en mi tercer año de universidad, Dios me paró en seco y llamó mi atención con un misterioso trastorno de pánico. Ahora me refiero a esa experiencia como mi tiempo en el desierto. Al igual que la travesía por el desierto de los israelitas, mi desierto duró demasiado para mi gusto: luché durante más de una década. Pero cuando salí del desierto, ya no era la misma persona. Mis convicciones son más fuertes, y Dios me está utilizando de maneras increíbles, incluyendo hablar en público, lo que no tiene sentido para alguien que ha luchado con ataques de pánico.

La duda ya no me asusta como antes. De vez en cuando asoma su fea cabeza, pero he aprendido a reconocer su origen y a tratarla de raíz. Para mí, suele ser un desencadenante emocional: el dolor de la decepción, el miedo al rechazo, la desilusión del arrepentimiento. Sin embargo, como he hecho el trabajo preliminar, confiar en Dios y permitirle trabajar a través de mis dudas se ha convertido en algo natural.

Como líderes, debemos recordar a los miembros de nuestro grupo que están luchando que, aunque se sientan débiles, a Dios le encanta utilizar la debilidad como una oportunidad para florecer. Nosotros, como Pablo, debemos aprender a someter con valentía nuestras debilidades a Dios, que dice: **«Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad»** (2 Corintios 12:9).

-Ann C. Sullivan es autora de *Permission to Doubt (Permiso para dudar)* y conferenciante apasionada por desafiar y animar a la gente en su fe.

2022 Cristiandad Hoy - una organización sin ánimo de lucro 501(c)(3).

Traducido por: Elizabeth Guevara Cabrera